
PANEGÍRICO I
DE SAN CAYETANO, FUNDADOR.

*Ne dicas... non est Providentia.
No digas que no hay Providentia.
(ECCLES. V, 5)*

En vano procura el incrédulo alucinarse con los extravíos de su espíritu; en vano en la depravacion de su corazon finge ruinosos sistemas, que protegen y lisonjean sus locas pasiones; al paso que con obstinada ceguedad se empeña, imprudentemente, en rehusarse los auxilios, siempre permanentes de la divina Providencia, se manifiesta ésta, ya en los poderosos socorros que sin cesar proporciona á la afligida Iglesia, ya en las útiles virtudes con que la consuela en sus males, la indemniza de sus pérdidas, y perpetúa su primer espíritu al mismo tiempo que su fervor. *Ne dicas, non est Providentia.*

San Cayetano de Tiena, fundador de la congregacion de los Clérigos regulares, se dejó ver en los tiempos más borrascosos de la Iglesia. Conducido por la divina Providencia, proporcionó socorros á la Religion, reformadores al mundo, modelos á la clerecía, y á todos los estados enseñanzas y virtudes. Yo, pues, consagro este elogio en honor y gloria de la Providencia, y contra los atentados de un mundo incrédulo; contra la indiferencia de un mundo ingrato. En la vocacion de Cayetano respetará el mundo incrédulo la obra de la Providencia divina. En su conducta admirará el mundo ingrato la total confianza en la Providencia. Cayetano es una prueba bastante reciente de la Providencia en las necesidades de la Iglesia: *Punto primero.* Cayetano es un eterno ejemplo de fidelidad á la Providencia para edificacion de la Iglesia: *Punto segundo.* Antes de probarlo, pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

La Providencia, que condujo á José á Egipto para sostener el trono de Faraon; esta Providencia, que sacó á Moisés de la impetuosa cor-

riente de las aguas para hacerle legislador de su pueblo; esta Providencia, que distinguió á David entre sus hermanos para colocar sobre sus sienas la corona de Israel, fué quien nos deparó á Cayetano en las necesidades de la Iglesia. Ella fué la que le dispuso para el cumplimiento de sus designios; ella la que le dirigió en ellos con acierto; ella la que le coronó por lo bien que los desempeñó. Parece que Cayetano habia recibido con el nacimiento el espíritu de su misterio. El Cielo, que le formó para ser el mayor lustre de la clerecía, quiso, que desde luego fuese el modelo de ella.

A Ezequiel le era muy sensible ver menospreciada la ley, abierto el santuario á la iniquidad, los sacerdotes sin celo al pueblo sin instruccion, sin vigor la disciplina, desavenidos los príncipes, dominante la guerra, triunfante el vicio, y universal la licencia y el libertinaje. Esto es, justamente, lo que pasaba en tiempo de Cayetano: mil tempestades se levantaron. El interés reinaba en lugar de la probidad. Las costumbres estaban bastante estragadas, y casi no podian llegar á mayor exceso. Con el estímulo de todas las pasiones se encendía el fuego de la guerra. Carlos V. y Francisco I, eran dos príncipes rivales, que tenían dividida la Europa en partidos, manteniéndola inquieta y aniquilándola con sus continuas disensiones. En medio de estas divisiones se presentó al mundo el imperio Otomano, que, como el más poderoso y formidable, espantó á todos con sus movimientos. Todo parecia que presagiaba la ruina de la Iglesia. Los príncipes y sus defensores, no tenían ya para su defensa sinó una tímida emulacion. Muchos ministros del santuario no conocian ya más que un vergonzoso reposo, un vil interés y una insaciable ambicion. Al paso que debian edificar, escandalizaban. Ninguna ciencia tenían, ningun celo, ninguna virtud. Una horrorosa oscuridad cubria la posesion de Jesucristo. Y para colmo de horror estalló un incendio, que causó la desolacion de las ciudades, de las provincias y aún de los reinos. Las cortinas del santuario se rasgaban, los altares se profanaban, las virgenes se arrancaban de su trono, y los sacerdotes parecian á manos de los nuevos tiranos. Protegida la atrevida y fogosa herejía, rompió todos los diques, hacia armar á los poderosos, excitaba la rebelion, predicaba la independencia, corrompia las costumbres, trastornaba la Religion, y formó de la Europa un vasto y dilatado campo de batalla, produciendo en la Iglesia un sin número de mártires. La Religion, para reparar sus pérdidas, vengar sus ultrajes, defender sus dogmas, mantener su culto y conservar sus leyes, necesitaba de un hombre como Cayetano. Le hacia falta para excitar el fervor en los pueblos, la edificacion en los pastores, las

obligaciones de su estado á la clerecía, los príncipes á la paz, los herejes á la sumisión, y á todo el universo á los principios de la primitiva fé.

Ya habia intentado el concilio de Letrán cerrar las profundas llagas, que habian abierto á la Iglesia la infinidad de mónstruos que se habian reunido contra ella; ya se habian congregado los Padres, para tomar las medidas más acertadas á fin de reprimir el escándalo y el libertinaje. Con efecto, se habia comenzado la obra; pero aún no estaba terminada. Adriano VI habia vivido muy poco para consolidar el plan de reforma que proyectára. La irresolución y los males de Clemente VII, solo le habian hecho concebir laudables designios, sin proporcionarle la deseada ocasion de realizarlos. A Cayetano solamente era á quien estaba reservado juntar al mérito del proyecto la gloria de la ejecucion. Lo primero que hizo, fué establecer una congregacion de Clérigos regulares, destinados á la santificacion del mundo, y santos tambien ellos mismos. En esta congregacion, pues, juntó algunos hombres, que se consagraron al Señor por medio de un voto irrevocable, como aún lo hacen en el día sus sucesores, en el augusto ministerio del sacerdocio. Celebraban como tales los divinos oficios, y permanecian como religiosos muy distantes del mundo. Seguian aquel espíritu de desinterés que se admiraba en los apóstoles. Por medio de un desprendimiento noble y generoso combatian contra los ministros interesados. Los que lo eran de la ambicion, admiraban en ellos unos hombres dignos de todos los honores, al mismo tiempo que se resistian á admitirlos. En ellos respetaban los ministros hipócritas una virtud sólida, social, útil, sin embrollos y sin rodeos. Se presentaban, y á su vista dejaba vivir la clerecía en el infeliz abandono de sus obligaciones. Se reconocian y mudaban de idea. Los discípulos de Cayetano estimulaban por su piedad á la virtud, y confundian al error por su doctrina. En el mismo año en que Lutero deja el hábito y abjura la regla de San Agustín, abrazan ellos la nueva regla, y echan los fundamentos de su congregacion. El luteranismo trata de abolir por un escandaloso atentado el culto exterior; los Clérigos regulares emplean su celo para darle su debida decencia y majestad. Por una parte, se suprime el sacrificio de la misa; por otra, es defendido. El heresiarca se arma contra la confesion; el fundador de la congregacion aumenta su práctica. Los partidarios del error son los enemigos de la caridad; los nuevos apóstoles son victimas de ella misma.

¡Oh Iglesia santa de mi Dios! ¿Crees tú que no tenias otras armas en tus desgracias que las de las lágrimas estériles, las de los

sentimientos inútiles y las de las excomuniones sin fuerza? Pues nó, no es así, consúlate. Los abusos y las desgracias ván á cesar ya. Una repentina revolucion mudará el semblante de la clerecía. ¿A quién serás deudora de esta dichosa revolucion? A Cayetano. Pero ¿cómo ha de ser él solo bastante para esta importante empresa? Es preciso que le ayuden unos hombres escogidos por la Providencia. El los encontrará, pues. Una parte de los más distinguidos ministros de Italia por su nombre, ciencias y santidad, se sujetan á sus leyes. Bonifacio del Colle, tan noble de corazón como de origen, sábio y virtuoso cortesano sin política, rico, caritativo, apóstol edificativo, y, en una palabra, hombre en quien concurrían todas las cualidades apreciables y casi ningún defecto, es uno de ellos. Pablo, consejero aún más conocido por su mérito que por su nacimiento, espíritu sólido y delicado y corazón sensible y generoso, que parecia no tener ya más progresos que hacer en el camino de la piedad, es otro. Juan Pedro Carafa, hombre para todos los estados y de los mayores talentos y virtudes, que habia hecho brillar su prudencia en la corte y amar su vigilancia, su caridad y su desinterés en el episcopado; ingenio vasto, profundo y delicado, delante del cual desaparecian todas las dificultades y se convertían los obstáculos en medios útiles; espíritu brillante y muy diestro para manejar las persuasivas armas de la elocuencia; espíritu sólido, para quien las tinieblas de la Religión eran rasgos de luz y de claridad; espíritu pacífico, que daba envidia con sus sucesos y la desarmaba con su moderacion; tan respetado en España como en Inglaterra é Italia; tan celoso en su propia santificacion como ardiente en procurar la de los demás; es tambien otro de los que siguen sus leyes. Aprovechémonos, dice Cayetano, de estos hombres á quienes somete la Providencia, y del precioso instante que la gracia nos proporciona. Únanse, pues, á mí todos aquellos que se interesan por la Religión. Vamos, vamos á santificar el santuario y á renovarle. Hablaba y persuadía. El espíritu que le animaba se comunicaba á sus discípulos. ¿Empezais ya, hermanos míos, á distinguir la mano de Dios en la empresa de Cayetano?

Pero ¡ah! ¡cuántos inesperados obstáculos vienen á retardar su realizacion! Los cardenales y prelados estaban encargados de examinar el plan de la proyectada congregacion. Al leerle se recreaban; pero, si la idea les parecia admirable, juzgaban la ejecucion por imposible. La novedad que causaba en sus preocupados ánimos un Orden de Clérigos regulares como éste, les hacia creer, que aunque podía merecer elogios, necesitaba precisamente un exámen de mucha reflexion. Muchas veces contradice la política las empresas que

debia proteger. ¿De qué modo vencerá nuestro fundador esta multitud de dificultades? Permaneciendo firme, y siguiendo el órden de la Providencia. De esta suerte hará ver á los preocupados entendimientos, que aquel desinterés, que parecia tan raro y singular, tiene por sus garantes á los mismos apóstoles. Les manifestará, que la alianza ó union del estado regular con la disciplina clerical, debe su origen á S. Agustín, que le dió en ello el primer ejemplo en Hipona. En vano les hablaba de este modo, porque las opiniones y tropiezos que habian encontrado S. Francisco de Asis, y el de Paula en el establecimiento de su respectiva Orden, se le acrecentaban á Cayetano contra la fundacion de la suya. Pero la misma Providencia que sostenia al apóstol de Umbria y al taumaturgo de la Calabria, protegía tambien al fundador de los Clérigos regulares. Todo parecia que se conjuraba contra él; pero varió bien presto este modo de pensar. El santo obispo de Verona, Giberto, expuso en una ocasion favorable aquel mismo plan que antes se habia recibido con tanto desagrado. Reflexionaron los cardenales sobre él y se admiraron. Examinalo el Papa, y lo aplaude. Edificada Roma, vió perfeccionarse el proyecto. Aprobóse el Órden, y se estableció. Este fué el triunfo de la Providencia. No puede atribuirse á otra cosa; pero aún se reconocerá más bien en los admirables sucesos que coronarán al héroe al mismo tiempo que á la obra. Consideradlo, incrédulos, consideradlo y confundidos.

¡Dichoso el hombre que, penetrado del amor de Dios, confia sus empresas al cuidado de la Providencia! Su posteridad se enriquecerá y llenará de gloria. Parecerá que los siglos no se suceden unos á otros sino para eternizar su reputacion. Las potestades de la tierra protegerán las obras de su celo. Su ministerio será milagroso. El primer asilo que juntó al padre y á los hijos, fué un beneficio de la divina Providencia. Allí reproducian como unos héroes cristianos llenos de dulzura, la tierna imágen de los primeros apóstoles. Desde el principio de sus trabajos, florecia el culto, se reformaban las costumbres, se proscribía el vicio, se extirpaba la herejía, y salía la luz del centro de las tinieblas. Cayetano ve aumentarse milagrosamente tanto su establecimientos como sus discípulos.

¡Qué discípulos! Vosotros sin duda conceis sus virtudes; vosotros habeis oido hablar de un Marinon, celoso defensor de la disciplina, admirable religioso é inimitable superior; de un Olimpa, célebre por su reputacion y aún mucho más por sus virtudes; de un Iscain, modelo de piedad; de un Caraciolo, ejemplo de penitencia; de un Osóira, victima de la caridad; de un Scupoli, cuyas obras deleitaban á san

Francisco de Sales; de un Bernardino Escoto, hábil juriconsulto, teólogo profundo, versado en todas las lenguas, sábio en las negociaciones políticas, guía, amigo y confidente de los soberanos pontífices, y menospreciador de los honores por su humildad; de un Pablo de Terezo, imitador de Bernardo en el retiro; de san Agustín, en el episcopado; y muy ingenioso para mortificarse con una camisa de crin, que le servía de cilicio, y para ocultarla debajo de la púrpura romana; y en fin, de un S. Andrés Avelino, propagador de la congregacion, oráculo de los directores, pacificador de las turbulencias, mártir de la caridad, héroe de la perfeccion cristiana, santo único en la Iglesia por la dificultosa mira que se habia propuesto de hacer cada dia nuevos progresos en la virtud; y santo, en fin, cuya conducta ha hecho ver, con la puntual observancia de la regla, una viva y animada expresion del Evangelio. No dirigió Cayetano á todos aquellos hombres ilustres; no todos han estudiado su espíritu desde el principio de su congregacion á vista de sus ejemplos; pero todos se han santificado bajo sus leyes, y todos han concurrido á transmitir á la Iglesia sus virtudes y sus triunfos. Obsérvese al santo fundador en medio de los primeros cooperadores de su celo. No es ménos padre que maestro suyo. Su espíritu es quien dá movimiento á aquellos obreros evangélicos. A todas las partes del universo hubiera querido suministrar apóstoles el santo ardor de su caridad. A todo el mundo llevaba en su corazón. Ya se cumplirán sus deseos. Al cabo de algunos años, se establecerá sucesivamente su Congregacion en Italia, España, Portugal, Alemania, Polonia, y hasta en las Indias, con la ayuda de una Providencia protectora. La reforma de la clerecía volverá á la Iglesia su antiguo esplendor. ¡Oh incrédulos! no digais que no hay Providencia: la vocacion, los trabajos y los triunfos de Cayetano demuestran, palpablemente, una Providencia que todo lo preside; y Cayetano es un eterno ejemplo de fidelidad á esta Providencia para edificacion de la Iglesia.

Cayetano estuvo siempre sumiso á las órdenes, y reconocido á los beneficios de la Providencia. Hasta aqui solo os he representado al legislador; ahora voy á manifestaros el santo. Por aquel tiempo ocupaba Julio II la cátedra apostólica. La Providencia llevó á la corte de este pontífice á nuestro Santo. Anunciábase su reputacion, y su conducta fijaba en él todas las miradas y atenciones. Las mejores y más lisonjeras dignidades se ofrecieron á sus superiores talentos. Si desde luego condescendió con las órdenes soberanas, fué porque creia, que en ello acertaba á cumplir con los designios del mismo Dios. Mas, cuando este Señor se lo manifestó de diferente manera, lo tomó tam-

bien muy distinta en su modo de pensar. Él aceptaba y desechaba los honores cuando el Cielo se lo ordenaba. Subió Leon X al trono de la Iglesia, y desde luego manifestó á Cayetano la estimacion y el cariño que le profesaba. Ninguna satisfaccion podia desear la ambicion que él no lograrse. Pero ¿qué es lo que vino á conseguir? Una ventaja más gloriosa que los honores con que se le queria colmar. Logró la reputacion de un santo, que, dueño de su fortuna y elevacion en Roma, trastornó por sí mismo el edificio en que se fundaba.

Digo en Roma, porque ya en Vicenza habia vencido la humildad de nuestro Santo los obstáculos que le oponia la erguida vanidad de su familia. La Congregacion de S. Jerónimo reunia en Vicenza unos hombres, cuyo nombre era tan poco conocido como resplandeciente su piedad. Id, Cayetano, id y ciudad de esa asociacion popular. La Providencia le impone otros cuidados, é inmediatamente deja aquel género de vida á que solamente le condujo la obediencia. Dirigido este nuevo Pablo por otro Ananias, se encamina á Venecia para permanecer en la casa que allí habia más fértil y brillante en ejercicios de virtud. Experimentaba aquella poderosa república las más horribles desgracias. Cayetano, por medio de sus eficaces oraciones, apacigua aquella tempestad. El hombre de la Providencia es el ciudadano del universo. Cuando nuestro héroe era útil en Venecia se detenía y encerraba en ella; cuando hacia falta en Verona se trasladaba tambien á esa ciudad. ¿Y qué es lo que observa en ella? ¿Qué? El que un celoso obispo es la víctima de su mismo celo. Gilberto se habia declarado contra la desenfrenada licencia de la clerecía y del pueblo. Rebelde aquélla, habia menospreciado sacrilegamente sus anatemas; y agitado, preocupado y seducido el pueblo, habia enarbolado el estandarte de la rebelion y de la discordia. Preséntase Cayetano en esta ocasion y toma el remedio á su cargo. Su palabra era, como la de Elias, un rayo de fuego que estremecía, hacia reflexionar, instruía á los entendimientos y cautivaba los corazones. Ni la ciudad de Nínive fué más dichosamente mudada y convertida al oír á Jonás, que lo fué Verona al escuchar á nuestro Santo.

Venecia reclama de nuevo los sacrificios de Cayetano. Esta desgraciada ciudad, en donde reinaba la paz, la opulencia y el lujo, ya no es otra cosa que una triste mansion, en donde hace respirar el contagio un aire corrompido. Con facilidad se comunica y hace sentir por todas partes este sútil veneno, y con él el pavor, la destruccion y la muerte. Esta ciudad, pues, tan rica y floreciente, parece á manos de su propia grandeza. El Angel exterminador vierte por todas partes

el vaso de la divina cólera. Solo se ven pálidos semblantes, cadáveres corrompidos, sepulcros que infestan, y soledad horrible y espantosa. El amigo no encuentra ya amigos con quien tratar: el padre abandona á los hijos. En donde empieza el peligro parece que las leyes se destruyen y aniquilan. Cayetano confia los dias de su vida al cuidado de la Providencia. De este modo la hará un noble sacrificio. El no cuida de su vida; nada es bastante para impedirle la actividad de su celo; creyérase él sumamente dichoso, si pudiese morir por salvar la vida de sus hermanos.

Pruebas más rigurosas tiene que sufrir en Roma. ¡Oh Santo Dios! Y ¡qué es lo que va á suceder! Adelantóse hácia esta capital del mundo cristiano una formidable armada. Parecia resonaba en el aire el espantoso estrépito de una infinidad de rayos y exhalaciones. Ya no era Roma señora de sí misma. Victorioso el enemigo, venció todos los obstáculos. En su precipitada é impetuosa acometida, rompió los diques, y salvó las murallas. Me parece que á vista del Vaticano se le muda en furor su ánimo valiente, formando de este modo arroyos de sangre. ¡Oh, qué aceros se esgrimieron en esta sangrienta empresa! ¡qué incendios y qué atentados se vieron! Destruídos y hechos ceniza los prodigios del arte; abiertos los templos á todos los delitos; entregados á las llamas los sagrados huesos y reliquias de los santos; hechos nuevamente hogueras y leñeros los sepulcros de los mártires; y las cenizas de los papas dispersadas y ultrajadas con la mayor ignominia. Nada, en fin, respetaba la impiedad. Jamás presentaron escena más sangrienta los siglos de persecucion. Mas ¿por qué bárbara predileccion vinieron á caer sobre Cayetano todos los males que afligian á Roma? ¿Será porque no temió presentarse á los herejes entre el estruendo de las armas, y porque reprendió con un vigor apostólico sus excesos del mismo modo que sus sacrilegios á los católicos? Puestos todos de acuerdo, le insultaban y le perseguian, por decirlo así, aún en su mismo retiro. Para él se inventaron suplicios, cuyo rigor se habia escondido á la ingeniosa crueldad de Neron y Diocleciano. La paciencia y el sufrimiento del justo puede probarse de muchos modos, mas no se la puede abalir ni confundir. Un hombre, por mejor decir, un monstruo de ingratitud, á quien en muchas ocasiones habia colmado nuestro Santo de beneficios, penetró hasta el santuario, y puso sus sacrilegas manos sobre el santo apóstol. ¡Oh monstruo de la naturaleza! ¡Adónde te lleva tu temeridad! Detente: respeta el santo templo; teme á un Dios vengador y justiciero. En efecto, hermanos míos. Cayetano fué arrebatado del altar. Lleno de heridas, bañado en su propia sangre y maniatado, fué encerrado en

un triste y oscuro calabozo. Pero os podéis consolar, hermanos míos, porque aunque su cuerpo esté cautivo, su corazón es libre. Sufre y se contenta con padecer. Desde las tinieblas del lugar en que estaba encerrado, salieron aquellas maravillosas palabras, que dieron á conocer á un mismo tiempo su seguridad, su alegría y su confianza: «En Dios tengo toda mi esperanza; Él será mi libertador.» ¿Se frustrará su confianza? No por cierto, porque sus obstáculos se vencerán, y una mano invisible encaminará sus pasos. Inaccesible á los interesados esfuerzos de sus perseguidores, engañará su esperanza. Las olas de la mar parecerá que se humillan y sosiegan á su vista, respetando dóciles los vientos su virtud. A vista de esto, no puedo menos de desentenderme de su firmeza, y poner mi única mira en su reconocimiento, que es lo que más bien se percibe.

Este, pues, es elocuente; con el fuego de sus expresiones pinta la vivacidad de sus sentimientos. También es activo, porque justifica por el ardor de su celo la sinceridad de sus discursos. Y es perseverante, pues con una muerte heroica corona sus sentimientos, sus obras y sus sacrificios. La Providencia, decía, me ha socorrido en Roma, protegido en Venecia y fijado en Nápoles. ¿Veis esta mar tan propensa á alborotarse? Pues la Providencia es quien me ha hecho evitar los escollos. ¿Observais á mis discípulos sin asilo? Pues ella es la que los ha recogido. ¿Se hallaban sin recurso? Pues ella los ha mantenido y alimentado. ¿He necesitado protectores? Pues ella me los ha proporcionado. ¿Apologistas? Ella me los ha dado. ¿Socorros? Ella me los ha concedido con prodigalidad. ¿Y habia de ser ingrato mi corazón? ¡Ah! permita Dios que perezca en el instante mismo en que quiera olvidarme de su generosa Providencia, que es á quien todo se lo debo. Cual madre generosa, me ha sostenido y favorecido como á hijo querido; y así, como hijo reconocido, la debo un favor sin límites, y una confianza sin medida. Jamás recibirá tantos homenajes y sacrificios de mi fidelidad, que igualen á los infinitos beneficios que me ha prodigado su protección.

De este modo habla el reconocimiento; pero ¿cómo obra? Cayetano os lo va á enseñar. Ya que la Providencia le habia arrancado y libertado de los atentados de la herejía en Roma, debía, como por reconocimiento, declararse contra las empresas de esta depravada secta en Nápoles. Tres apóstoles de la mentira y del error imperaban en aquella desgraciada ciudad, que con sus discursos sorprendian y pervertian á las gentes bajo una falsa piedad. Cayetano les observó emudadosamente, y por fortuna, los descubrió. ¡Con cuánto ardor hacia que se declarasen contra ellos la vigilancia, la autoridad, la cien-

cia y las excomuniones! Informó á Roma de todos esos peligros, é hizo que Nápoles se pusiese alerta, exhortando, combatiendo y estudiando y escribiendo contra aquella depravada secta. Los emisarios de la profana novedad, solo experimentaban menosprecios, anatemas y suplicios. Huyen llenos de vergüenza; pero dejan bastante semilla de discordia. En vano intenta la autoridad exterminarla con las amenazas de que, para asegurar la fé y mantener la sumision, establecería ó introduciría en aquella ciudad el tribunal de la Inquisicion. Encendiöse la guerra, diéronse los combates, y Nápoles vino á ser el sepulcro de muchísimos de sus habitantes, que fueron tristes victimas de aquellos desórdenes. Cayetano, semejante al gran sacerdote Heli, que no pudo vivir despues que robaron el Arca, se sintió entrañablemente herido con la triste vista del espectáculo que le presentaba un pueblo á quien amaba. Agobiado de fatigas, consumido por la penitencia, acabó sus trabajos y su vida. Si, hermanos míos; ya murió aquel hombre, que era la prueba más reciente y verdadera de la Providencia en las necesidades de la Iglesia. ¿Podrá acaso el incrédulo, si reflexiona sobre ella, permanecer todavía en su incredulidad? Yo lo dificulto. No hay ninguno que más bien que Cayetano sea eterno ejemplo de fidelidad á la Providencia, para edificacion de la Iglesia. Aquellos cristianos que se fían mejor en los hombres que en Dios, pueden aplicarse este instructivo ejemplo para aprovecharse de él.

En este mismo día en que celebramos nosotros el triunfo de nuestro santo héroe, le honra la insigne Roma como á su modelo, Venecia como á su libertador, Viena como á su padre, y Nápoles como á su protector. ¡Quiera Dios que la Iglesia universal vea revivir sus virtudes en todos los estados! Renazca su caridad entre los grandes, y su sumision entre los pueblos. Imiten los sagrados ministros su desinterés, los pastores su vigilancia, los superiores su sabiduria; y todas las criaturas, de cualquier condicion ó clase que sean, su fé y su fervor. Triunfe la Providencia, de quien fué ministro, en nuestros corazones, así como triunfó en el suyo. Sujetémosla, como él, todas nuestras acciones y empresas, para que también nos corone en la eternidad, que á todos deseo. *Amén.*

PANEGÍRICO II DE SAN CAYETANO, FUNDADOR.

*Propter hoc latatum est cor meum, et
tautavit lingua mea: insuper et caro mea
regrecessit in spe.*

Por eso se repojó mi corazón, y pro-
rumplió en éxticos alegres mi lengua; y
además también mi carne descansará con
la esperanza.

(PSALM. XV, 9.)

En vano se atrevió Epicuro á establecer, que el universo no es más que un concurso fortuito de átomos; en vano Espinosa no reconoció otra divinidad que una sávia ó jugo esparcido por todos los cuerpos: á los ojos de la razón aparece la falsedad de esas opiniones. Cualquiera que extienda su vista sobre la variedad y hermoso orden de las cosas criadas, ha de confesar por precision, que una inteligencia suprema produjo, y que no á la casualidad debieron su sér y su perfeccion específica. Un Dios verdaderamente insensible, y que no tomase parte en nuestros bienes y en nuestros males, no hubiera criado esta tierra para nuestro uso; no hubiera dividido el día de la noche para señalarnos el tiempo del trabajo y el del reposo; no hubiera distribuido las aguas para que cada provincia y reino tuviesen sus fuentes y sus rios; no se tomara el cuidado de perpetuar el mundo con una atención maravillosa, ni nos diera tan clara idea de sí mismo que no pudiéramos olvidarla sin sofocar la voz de nuestra razón propia. Es cierto, que si consideramos al hombre por la parte exterior, y le acompañamos desde su cuna hasta el sepulcro, no veremos sino necesidades, flaquezas, pasiones, que parece le reducen á la misma condicion de las bestias; pero reflexionemos un momento, y hallaremos una vida espiritual que se eleva sobre los fragmentos de la vida animal, y que hace al hombre una criatura casi celestial. La filosofía moderna combatirá en vano estas eternas verdades; el sentimiento íntimo reclama incesantemente en su favor, y reside hasta en los salvajes al parecer más feroces. Si las

pasiones, por un lamentable desorden, no se apoderarán de nosotros, nuestro espíritu se abalanzará á la eternidad, y no veremos más que á Dios en medio del mundo, disponiendo las causas y ordenándolo todo en beneficio del hombre, á quien crió para dominarlo todo. El corazón del real profeta se alegraba y se gozaba su lengua al considerar esta providencia de un Dios infinito; y su carne afligida descansaba en la esperanza, porque á su derecha estaba Dios, ordenando sus presentes males á una felicidad eterna.

Pero, fijad más bien vuestra consideracion en el digno objeto de los presentes cultos; ved al ilustre hijo de la casa de Tiena, al gran Cayetano, y él os convencerá de la solicitud amante del Señor, y de los beneficios que recibe el hombre que se confía al orden inefable de su providencia. Desde la cuna hasta su tránsito feliz, fué Cayetano el objeto de los cuidados de Dios: en su vida resplandece el orden de su providencia, porque, como el santo David, se alegró su corazón, se gozó su lengua, y en la esperanza descansó su carne. A su derecha estuvo siempre la mano de Dios; y en sus angustias y en sus tribulaciones encontró á un Señor benéfico, que inclinados sus ojos sobre la tierra, lo disponia todo con suavidad y lo ordenaba todo para que los males produjesen bienes, y de unos y otros resultase su felicidad. Esta será la idea de mi discurso, que concebireis fácilmente, atendiendo á esta proposicion: La Providencia de Dios se manifestó de un modo particular en la vida de Cayetano. *A. M.*

Neciamente obran la ignorancia y la impiedad, en no reconocer otro principio y accion en el universo, que una naturaleza ciega y caprichosa. Una simple ojeada sobre lo criado basta para convencerlos de que existe una providencia soberana, que extendió los cielos, consolidó la tierra y abrió la profundidad de los abismos. La razón conoce por sí misma, que existe un Sér soberano, omnipotente y bondadoso; y el mismo Ciceron, que no conoció la revelacion, negó la pluralidad de los dioses para admitir uno solo, que nos ha criado y nos conserva. El rústico que mira el firmamento, y el niño que considera su flaqueza, no necesitan estudios ni argumentos para refutar á los espinosistas y ateistas, porque reconocen por sí mismos el poder del Criador. Si el hombre, para obrar, oyera siempre los dictados de su razón; si no juzgara de las cosas solo por su corteza, todos verian con claridad, que no sucede nada más que lo que la Providencia determina. Pero el hombre no obró siempre como debía obrar, y deramándose por objetos superiores á su penetracion, tropezó con las sombras, que incautamente abrazó bajo opuestas ideas. Desgraciado

siglo xv; ¡con qué dolor te recordará la posteridad, si envuelto en las tinieblas con que pretendió oscurecerte el blasfemador Lutero, no hubieras visto á la ciudad de Vicenza en los dias preciosos en que dió á luz al inmortal Cayetano! Pero, si la divina Providencia hizo florecer en los tiempos del apóstata Juliano y Eunomio á Basilio y á Gregorio Nazianzeno; si en los dias de Nestorio quiso que naciera Cirilo; si contra Arrio opuso á Atanasio é Hilario; contra Elvidio y Joviniano á Jerónimo; contra Pelagio á Agustín y Ambrosio; contra los albigenses, en fin, á los grandes patriarcas Francisco y Domingo; tres años antes de nacer Lutero quiso que los condes de Tiona diesen al mundo el inmortal Cayetano, para que arrollando con la doctrina evangélica al monstruoso heresiarca, triunfase de sus errores, é hiciese aparecer con la claridad del sol el dogma inefable de la divina Providencia. Ochocientos veinte y dos errores fueron las armas con que se adiestró Lutero para lidiar con cualquier profeta del cristianismo; en los pueblos más católicos se fijaron las banderas de la luterana milicia; la representacion angusta de los misterios era el blanco de la sátira y la burla; los ministros del altar fueron ridiculizados y beñados por embaucadores charlatanes; y la providencia de Dios y orden inefable de sus decretos se vieron in-sultados por los mismos que dependian de ellos. ¡Tiempos infelices, en que al justo no le quedaba otra cosa que sus ojos para llorar, y en que la esposa de Jesucristo era atropellada sacrilegamente por sus rebeldes hijos! ¿Y quién hubiera podido enjugar las lágrimas de esta desconsolada Raquel, si como decia el pértido heresiarca, la providencia de Dios no gobernára el universo? Pero el suceso evidenció la falsedad de sus doctrinas, pues la guerra que Cayetano le declaró desde la ciudad de Roma, le dió á entender, que para confusion de sus armas existia en el mundo el orden de la Providencia, y que un brazo débil era el instrumento de que se valia Dios para confundirle. Grande guerra se nos prepara en Roma, dijo Lutero á sus discípulos lleno de terror estando en Alemania, así que supo que se armaba contra él el intrépido Cayetano, porque preveia su infatigable celo por la fé, y porque le veia armado con la cruz, cuya sola figura en los brazos de Moisés bastó para que venciese á los amalecitas.

En efecto; es una verdad, que el poder de la cruz es irresistible, pues desde que al nombre del Crucificado doblaron su rodilla los Cielos, la tierra y los abismos, el discípulo de Jesucristo se hizo temible á todos sus enemigos. El atleta de la Religion aparecerá ennegrecido con el sudor y el polvo en el acto de luchar con la impiedad y los crímenes; pero, al fin, quien triunfa es la virtud; y llega un dia,

en que el católico levanta su hermosa faz cubierta de gloria y ciñe sus sienes con una corona inmarcesible. Las historias nos serian absolutamente estériles, si en cada acontecimiento no viéramos una sabiduria invisible, que abate y ensalza, destruye y edifica. En todas sus páginas se nos presenta Dios, que derrama beneficios y fulmina rayos; que enjuga lágrimas y produce otras: un amago de su indignacion derriba tronos, arruina ciudades, y hace desaparecer hasta el nombre de los conquistadores; mientras que sus ojos, inclinados sobre un pastor humilde, truncan en cetro su cayado, y le agrega al número de los ungidos. El hombre de juicio lo presencia todo, y espera y teme, hasta que manifestándose el Señor se descubren los secretos resortes de su providencia. Entónces se conoce, que la conducta y gobierno de Dios, era un secreto absolutamente suyo; y así lo concieron los que, juzgando al mundo abandonado á sus propios caprichos por los errores de Lutero, vieron aparecer á Cayetano, que renovaba enteramente la faz del mundo, y empleaba la libertad y la malicia en la manifestacion de la gloria de Dios, para cuyo fin le habia comisionado la Providencia.

Y como las obras sean como los frutos, que acreditan la especie y la virtud del árbol, las acciones de Cayetano demostraban su desprendimiento terrenal; pues eran sus ejemplos más edificantes que las palabras con que se oponia á las implas proposiciones de Lutero. Las riquezas de que se desprendió para poder llamarse pobre de Jesucristo, eran un testimonio de que buscaba otro tesoro que estuviese libre de la contingencia del acaso y de la inconstancia del tiempo; los remedados y viles vestidos con que se cubria acreditaban la verdad de las Escrituras, que predicán el cuidado de Dios que viste á las aves y á los brutos. Pero mirémosle más bien echando los cimientos á la fundacion de la Congregacion de Clérigos reglares, que, estrechados con solemnes votos y profesando la perfeccion evangélica, se preparan á dar ejemplo al mundo, como lo hicieron un tiempo Agustín, Atanasio y Basilio, cuando formando escuadrones de evangélicos atletas, reprimieron la vida licenciosa y desaparecieron la caterva de los hereses. Sus fervorosos hijos, alistados bajo la bandera de la cruz, se presentan decididos en el campo para confundir al infame Lutero con la eficacia de sus palabras; y mucho más con la evidencia con que proveia el Señor á los que, destituidos de todos los recursos humanos, se habian privado voluntariamente hasta de la facultad de mendigar el sustento. ¡Ah, cristianos! Cayetano sabia muy bien, que los ojos del Señor están siempre inclinados sobre el pobre de corazon; por eso deseaba ser el más menesteroso del mun-

do, para adquirir nuevos derechos á los inefabables consuelos de la Providencia. Aquí, les decía á sus hijos, aquí somos peregrinos; nuestra pátria es el Cielo; el que se embriaga con el ponzoñoso vino de los afectos de la carne, se desvía del camino de la felicidad, y dá en el de la muerte eterna. Esta consideracion le obligaba á esperar los bienes temporales que pudiesen conducir al goce de los eternos; y como al mismo tiempo toda su esperanza la colocaba en Dios, no dejó á sus hijos otras rentas ni otro patrimonio que la confianza en el Señor, cuya providencia nunca le faltó, como dice la Iglesia.

¡Ah! ¡y con qué certeza suscribiríamos nosotros mismos á esta verdad, si fijásemos nuestros ojos en la claridad con que la providencia del Señor se manifiesta hasta en las cosas más menudas de nuestra vida! El mayor número de los hombres, sin otro auxilio que el de sus brazos é industria, mantienen familias numerosas, y no se sabe, despues de muchos años, como han podido subvenir á tantos gastos. No hay artesano alguno que no diga con admiracion, que no sabe como ha podido mantener y educar á sus hijos. El mismo Dios, que alimenta los polluelos del cuervo que le invocan multiplica todos los días la harina de la viuda Sareptana, y los cinco panes para mantener cinco mil hombres. ¡Cuántas veces, en nuestras mayores angustias, hemos experimentado el tacto de una mano invisible, que enjugaba nuestras lágrimas y aliviaba nuestros males! Sentimos á veces, como San Pedro, que la barquilla en que navegamos se sumerge en medio de las olas, y nos inclinamos á creer que nos vamos á fondo; pero al instante en que volvemos sobre nosotros oímos una voz que nos dice, que estamos en manos de un Dios, que no duerme jamás; de un Dios, que abriendo la mano llena de bendiciones á todo animal; de un Dios, que dá á los vientos, al rocío y á la lluvia poder para refrescar la tierra, humedecerla, secarla y llenarla de flores y perfumes; de un Dios, que bendice el universo y halla sus delicias en habitar con los hijos de los hombres. Este gran Dios es aquella sabiduría cuyo poder llama á lo que no es, como si fuese, cuyos inexcrutables designios desconciertan los proyectos humanos; y que no conociendo pasado ni venidero, solo ve lo presente, teniendo á la vista todas las generaciones como si actualmente existieran. Nuestra injusticia y nuestra ingratitud contra la Providencia provienen, de que sofocada la razon por las pasiones, consideramos este mundo como nuestro último fin. Si pensáramos que esta vida tumultuosa no es más que un átomo ó un minuto en comparacion de la eternidad, y que en esta misma eternidad hemos de pensar para juzgar sanamente, conoceríamos el designio y conjunto de tantas cosas como nos circundan

é inquietan. Reconoceríamos, que el hombre de bien muere en la flor de su edad porque estaba coronado para el Cielo, y que el malhechor envejece para ejercitar la paciencia de los justos. El hombre que mira con atencion esta perspectiva, ni se sorprende ni se lamenta de las contradicciones y acontecimientos extraños que forman la historia de este mundo, porque sabe que todo no tiene otro principio que la divina Providencia.

Pero Cayetano nos confirmará esta verdad en el asalto, que en sus dias, dieron las tropas de Borbon á la ciudad de Roma, cuando despues de batidas sus murallas y forzadas sus puertas, entraron á saco en aquella desgraciada capital, profanaron sus templos y sacerdotes, violaron sus vírgenes, y derramaron á manera de inundacion el desórden y la licencia por aquellas plazas y calles, en las que no reinaban sino la muerte y el estrago. Cayetano, acompañado de sus clérigos reglares, se mezcla intrépido entre la ensangrentada tropa, los amenaza con el rigor del supremo Juez, abriga la inocencia de los párvulos, ampara la timidez y llanto de las doncellas, conduce á los hospitales sobre sus hombros los heridos; es, en fin, el padre universal de todos, y Roma se libra de su última ruina por su confianza heroica en la providencia del Señor. Y cuando excitada la cólera de los soldados iban Cayetano y sus hijos á ser víctimas de su furor, la Providencia, que jamás permitió que fluctuase el justo para siempre, hizo aparecer una prodigiosa nube, que sirviéndoles de luz y de guía, como la aparecida en otro tiempo al pueblo de Israel, deslumbrase á los enemigos y á su sombra y amparo pudiesen sin ser vistos salir de la ciudad. Y si los hijos de Israel, huyendo de Faraon pasaron enjutos el mar Rojo, que les abrió un camino, Cayetano y sus hijos pasaron el Tiber, porque la divina Providencia les deparó un hombre que los salvase en un barco. Si nosotros no juzgásemos de las cosas por su sola apariencia, veríamos, que el Señor nunca desampara al justo, y que nada sucede sino lo que su providencia determina. Las enfermedades que nos afligen, los insectos que nos mortifican, las pesadumbres que nos abaten, todo se nos presentaría como determinado y prescrito por una inteligencia infinita, cuyos designios son impenetrables, pero siempre sábios y siempre justos. El padre de familias, que muere rodeado de hijos, que al parecer necesitan de su socorro; el ministro, que acabó la carrera de sus dias al tiempo que iba á concluir una guerra cruel y ruinosa; el monarca, que desaparece y deja su reino en las garras de la discordia y de la ambicion, no son sino ejemplos que nos enseñan, que no hay hombre alguno que haga falta á otro, y que solo el que posee á Dios lo

posee todo. Si lo venidero se manifestará á nuestros ojos, formariamos diferente concepto de cuantos sucesos tenemos á la vista. Veriamos los nietos de aquellos á quienes acaso lloramos el destino, hacerse santos, porque sus abuelos fueron humillados y afligidos. Veriamos los Estados sólidos y florecientes, porque la sangre que en cierto tiempo se derramó fué necesaria para su fundamento; veriamos que nuestras dolencias, habiéndonos restituido el conocimiento de nosotros mismos, nos merecian la dicha inmensa de la eternidad; veriamos, en fin, que el lance más insignificante arrastra una cadena, que se extiende hasta los siglos venideros y es principio de innumerables bienes. Esta consideracion nos obligaria á confiarnos en un todo á la divina Providencia, y en todo veriamos sobre nosotros la mano de aquel Dios, que nunca desamparó al justo, y que le sustenta como se confie á Él. La Iglesia nos dice en este dia en honor de Cayetano, que permaneció constantemente confiado en la divina Providencia, y que los milagros acreditaron que nunca le faltó.

Confiemos, pues, nosotros; y ya que los presentes cultos nos recuerdan la providencia del Señor cuando en nuestros mayores males nos miró compasivo; en este dia, en que para memoria de su felicidad ofrecen sus devotos á los piés de Cayetano el incienso y los aromas, y repiten el himno de loor que cantaron los israelitas á la destruccion de Senaquerib; tratemos de aprovecharnos de la proteccion de este héroe, que por su confianza en la Providencia mereció un poder sin limites para favorecer á sus apasionados. Sea así, glorioso Cayetano; y pues D. Juan de Austria, en el año 1655, triunfó de los moros porque confiado en vos expuso á la pública veneracion una imágen vuestra que llevaba en su pecho; y si en el año siguiente de 56, se os debió la señalada victoria que alcanzaron de los turcos los caballeros de Malta, como lo escribió el mismo general de la armada á su hermano, prepósito entonces de San Pablo de Nápoles; si el esclarecido Morosini, generalísimo de Venecia, colgó delante de vuestro altar el estandarte del baja visir como señal de vuestra proteccion en las batallas de 1684 y 85; si lo mismo confesaron los católicos en sus progresos sobre la Ungría, singularmente en el tránsito del rio Lavo por el serenísimo principe Maximiliano Manuel; si estos cultos, en fin, nos recuerdan vuestra proteccion en las necesidades; interceded ahora por nosotros, comunicadnos vuestro espíritu, para que participando de vuestra confianza en la providencia del Señor, seamos llenos de consolacion y permanezcamos unidos á aquel Dios, á quien se ha de tributar eternamente el honor y la gloria que goza con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. *Amen.*

PANEGÍRICO DE SANTA CECILIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Laudent eam in portis opera ejus.
Celebrense sus obras en la pública asamblea.

(PROV. XXXI, 31.)

¡Cuán vasto, cuán ameno, cuán hermoso es el campo de la Iglesia! Verjel divino plantado por la mano del amado Jesús, sembrado está de varias y preciosas flores, todas á cual más bellas, á cual más fragantes. Paraíso místico fecundado por el amor divino, y en perpétua lozania conservado por las aguas de celestial vida, dá continuamente frutos sabrosos de gloria, como producidos por la gracia. Regocíjate pues, Iglesia santa, y cual árbol de vida, puesto en medio de un mundo de muerte, extiende gloriosamente ufana tus ramas frondosas del Oriente al Occidente, del Aquilon al Austro, y muestra con satisfaccion santa esas tus ricas producciones á este mundo, que se seca de aridez, que perezce de esterilidad, y se carcome de vejez. Tú, siempre bella, siempre lozana y siempre jóven, continúa hasta la consumacion de los siglos esa tu mision de ventura, de gracia y de vida.

Quando me pongo á considerar la existencia maravillosa de la IGLESIA, y comparo los fenómenos que me presenta, con los mezquinos resultados de la historia del SIGLO, ¡cuán pequeño se me aparece éste, cuán colosal aquélla! En el SIGLO, no veo sino vanidad, mentira, corrupcion, inconstancia, egoismo. En la IGLESIA, por el contrario, veo asentadas la verdad, la firmeza, la duracion, la grandeza, la pureza.—En el SIGLO, orgullo, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza, vicio. En la IGLESIA, humildad, desprendimiento, mansedumbre, mortificacion, castidad, caridad activa.—En el SIGLO, fábulas, viento, frusterías, nada. En la IGLESIA, el heroísmo real, los bienes efectivos, la verdad grave, augusta, noble. Presénteme el SIGLO un

héroe sin tacha; en vano esperaré siglos enteros. No me lo presentará jamás. La IGLESIA ... á millares. Presénteme el SIGLO una Cecilia... Imposible. No lo puede. Me pasará en revista una Lucrecia, una Cimona, una Semiramis, y alguna que otra mujer ilustre, pero jamás comparable á una Cecilia.

¡Cecilia dije! Nombre augusto, emblema de una heroica virgen, de una celosa cristiana, de una inclita mártir. ¡Cecilia! Nombre majestuoso, cuya faz gloriosa descuella y domina entre las ilustres heroínas de la Iglesia como el Libano entre las montañas santas. ¡Cecilia! Nombre encantador, nombre dulce como el virginal amor, simbolo de celestial armonía, de admirable conjunto de virtudes, todas sublimes, ninguna mediana. ¡Ah católicos! no me creais llevado de un celo extremado ó de una devoción exagerada. La Iglesia nuestra madre, en el oficio divino de esta santa virgen, despliega un arte tan sencillo á la vez que sublime y patético, que, para un verdadero hijo suyo, es imposible el no commoverse profundamente al meditarlo con seriedad, con detención. No haremos, pues, en este panegirico sino exponer el contesto del oficio, aunque ordenándolo convenientemente á nuestro propósito. Para mejor seguir el órden histórico de su vida hé aqui el plan de mi discurso y de vuestra atención. El amor divino ha hecho de Santa Cecilia, una heroína de la castidad, una heroína de la caridad, una heroína de la fortaleza.

Y en el conjunto de todas las virtudes de esta ilustre Santa hallaréis una mística armonía, una música divina, que tan célebre ha hecho á nuestra Santa. Haga el Señor, que este nuestro discurso cause en vosotros una espiritual melodía que os encante, y excite á la imitación de tan grande Santa. Para que así sea, imploremos el auxilio divino por intercesion de la santísima Virgen: *A. M.*

La santa virginidad, no ha podido nacer de la tierra, solo ha podido venir del Cielo. Dios solo, criando al hombre, ha podido esculpir en su corazon este santo respeto, esta veneracion, esta especie de canonización, permitidme esta palabra, de que ha gozado entre todas las generaciones, en todos los siglos, y al través de la más degradante corrupcion de las gentes. Ninguna virtud, católicos, ha arrebatado tan espontáneamente los aplausos y la admiracion entera de todos los hombres, en todas edades, en todas las naciones, como la celestial virtud de la virginidad. Registrad con atencion los archivos más recónditos de la antigüedad, consultad los anales de la humanidad entera, desde su origen hasta nuestros dias, y vereis siempre acatada, venerada, *divinizada* esta heroica virtud. Penetrad adentro en

el seno del corazon humano, y vereis entre sus sentimientos más intimos, más puros, más naturales, el respeto y casi la adoracion de esta virtud. Llámase siempre la virtud por excelencia, porque, con efecto, si este nombre, en su origen latino, significa la fuerza reducida á estado, virtud por excelencia ha de ser la que supone una fuerza continua, un vigor siempre en accion, un poder que se aumenta con la resistencia. Y tal es la virtud de la virginidad. La Iglesia la ha venerado siempre con la mayor efusion de ternura y de santo respeto, porque, además del mérito sublime que la realza, sabe, que el Señor se ha complacido siempre en comunicar sus secretos á las almas vírgenes, con una preferencia tan marcada, que no ha podido ocultarse á la piadosa sagacidad de la Iglesia. Todavía más. No solo la angélica virtud de la virginidad ha sido la virtud de predileccion para el divino Esposo de las vírgenes, sino que por un singular privilegio de esta eminente virtud del cristianismo, las sagradas vírgenes cristianas han sido unos de los más brillantes y preciosos ornamentos de la Esposa del Cordero, han sido sus más gloriosos atavios. A la virtud de la virginidad han acompañado constantemente las demás virtudes excelsas, como para formar de una virgen cristiana un dechado místico de variadas y eminentes perfecciones. Y esto es lo que vemos en la gran mártir y virgen Cecilia.

Sobresalió esta heroína cristiana en todo género de virtud: leed su vida; cada página os causará una nueva admiracion. Es imposible el presentaros en un solo discurso todas las flores de este precioso Ramillete: hemos escogido tros, la VIRGINIDAD, la CARIDAD, la FORTALEZA. Os las irá mostrando en toda su sencillez sublime, y con la posible brevedad. Cecilia, movida del Espíritu Santo, é inflamada en el amor divino, á la par que iluminada por las luces superiores, conoció todo el precio de la eminente virtud de la virginidad; y desde que, por la divina gracia, conoció el valor de esta celestial joya, sacrificó todo su ser para conservarla á toda costa. Sabe que es un tesoro muy precioso, lo pone al abrigo de todo riesgo, del mundo, del demonio, y de su propia carne, el más peligroso, el más tenaz, el peor de todos sus enemigos, por ser CASERO Y TEMER QUE VIVIR CON ÉL. Aprendamos, católicos, aprendamos á ser cautos en extremo, y, sobre todo, reservados y rigurosos para con nosotros mismos. Nuestra ilustre Santa domaba la lozanía de su cuerpo con un áspero cilicio. Ahuyentemos al demonio con la oracion, como lo hacia nuestra Santa.

Adiestrada por el Espíritu Santo, que de continuo la iluminaba, y enseñada por el ejemplo de su maestro el santo pontífice Urbano,

sus comunicaciones con Dios eran continuas. Meditaba sin cesar en la ley del Señor, llevaba siempre el sagrado Evangelio en el pecho. Su oracion jamás se interrumpia. Su vida, pues, era una vida angelical; vivia en una region distinta de la nuestra; en otros aires aspiraba, y de otros alimentos se nutria nuestra ilustre Santa. El amor divino, el fuego celestial era su elemento; su pan y su manjar era el amor divino, nos dice la Iglesia. No era, pues, ya Cecilia una simple criatura, cultivaba un ángel en forma humana, cuya conversacion y cuyo trato cultivaba en el Cielo. Nada terreno la impedia conservar su corazon immaculado, y hacer de su cuerpo un templo vivo, una morada continua de la Beatísima Trinidad.

Cecilia, jóven, rica, hermosa, educada con el mayor esmero, instruida en las artes y habilidades propias de su edad, sexo y rango, reunia á todas estas cualidades, dotes todavía más preciosas, y que la hacian en extremo amable. El recato y suma circospeccion de su trato, por lo demás muy afable, el retiro absoluto en que vivia, su modestia y su candor le habian atraido, justamente, el amor y la admiracion de la ilustre juventud romana. Un noble romano, gentil y honrado caballero, vástago de una ilustre familia, jóven, rico y muy bien quisto, aspiró á la mano de Cecilia. Este afortunado doncel se llamaba Valeriano. Manifiesta su honesta pasion á los padres de Cecilia; diceles sus intentos, comunicales sus deseos de unir su suerte á la de Cecilia, su corazon al corazon de Cecilia, por medio de un casamiento, de un enlace ilustre y conveniente. Los padres de Cecilia no vacilaron un momento en consentir á este enlace, y notificaron á Cecilia su resolucion de casarla con Valeriano, noble, virtuoso, y dotado de las más raras prendas. Todo esto era así, en efecto, y Cecilia no podia negarlo; pero como su corazon estaba ya desposado muchos años hacia con Jesús, como su amor lo tenia ofrecido ya en primicias á Jesús, como en manos del santo pontífice Urbano habia consagrado su virginidad al celestial Esposo, ya podeis considerar, católicos, que mella podrian hacer en su puro y celestial corazon todas esas prendas de que sus padres, á lo que parece gentiles, hacian tanto caso.

Sin embargo, nuestra Santa, que unia á una fervorosísima piedad una extremada prudencia, iluminada por el Espiritu Santo, y no queriendo disgustar á sus padres, consiente en la demanda, encomendando á Dios el sacarla á salvo de tan terrible conflicto. Preparábase la inclita mártir con ayunos y abstinencias absolutas de dos y tres dias; oraba al Señor, y le pedia la ayudase poderosamente en aquel árduo lance, que le causaba un santo temor. ¡Ah ca-

tólicos! los santos, por más garantias que tengan de la asistencia de Dios en sus pasados apuros tiemblan siempre por los venideros. Muy léjos de esa loca confianza, á cuyo abrigo los cristianos se adormecen en medio de los mayores peligros, ó no temen lanzarse en ellos, los santos, siguiendo el consejo del Apóstol, obran su salud con temor de Dios, y tiemblan por su propia flaqueza. Nuestra Santa habia experimentado sin duda en más de una ocasion crítica el auxilio del Cielo; pero, á la vista del peligro en que sus padres la ponian de faltar á lo que tenia prometido al Señor, tiembla, y se encomienda á Dios con ayunos, cilicios, oraciones. Sintióse la heroica Cecilia asistida del Señor, y movida interiormente se presenta impávida á la lid. Tiene á Dios por sostén, tiene á un ángel por guardador, nada tenia que temer.

Llega el dia de la boda, se muestra nuestra Cecilia durante las ceremonias nupciales y en los festejos modesta, prudente, reservada, esperando confiadamente el crítico momento. Cuando todos los regocijos de familia se hubieron terminado á satisfaccion de todos los circunstantes, Cecilia llama á su esposo á parte, y con una resolucion de que no se halla en la historia igual ejemplo, le dice con blandura: «Valeriano, un secreto grande tengo que comunicarte: necesario es que me prometas guardarlo. Es la primera gracia que tu esposa te pide, no se la rehusarás. Eres caballero y honrado; apelo, pues, confiada á tus nobles sentimientos.» Valeriano le prometió á fé de caballero el guardarle el secreto que se le queria confiar, y el condescender con los deseos de Cecilia. «El secreto es, repuso la »Santa, que tengo consagrada mi virginidad á Dios, y que un ángel »suyo guarda mi cuerpo con el mayor celo; de tal modo, que si osas »res el profanarlo, experimentarás sus rigores; mas si eres fiel á lo »que me acabas de prometer y me respetas, serás amado, como yo, »de este ángel.» Causó este razonamiento no poca sorpresa en el ánimo de Valeriano; y viendo en el lenguaje de Cecilia cierta cosa de divino y superior á todo lo que hasta entónces habia él oido, le contestó: «Mucho deseo tendria yo de ver tambien á este ángel, que maravillas tantas obra en ti. Te respetaré cual deseas, »y si yo puedo tener, como tú, la dicha de ver á ese ángel, creeré, como tú, en Jesucristo, á quien has consagrado tu virginidad.» «No puedes ver á mi ángel si ántes no fueres bautizado.» le dijo Cecilia. «Pues bien, recibiré el bautismo, pues que tanto bien »puede procurarme,» le respondió Valeriano. Escribió Cecilia una carta de recomendacion al papa S. Urbano á favor de su esposo. El santo pontífice tomó al nuevo é ilustre desposado por su cuenta; en

pocos días le instruye en todo lo necesario para el bautismo, y lo recibe dentro de breve; experimentando en su alma, en su corazón y en todo su ser una renovación tal, que él mismo no se conocía ya. Acabadas las ceremonias siguientes al bautismo, que entónces duraban sobre ocho días, el nuevo neófito, Valeriano, regresa á casa de Cecilia, y la encuentra en su aposento orando, resplandeciente, y teniendo á su lado un ángel que despedía rayos de luz vivísima. Admirado Valeriano, lleno de respeto santo por su esposa, perseveró en su oferta, y se hizo un cristiano tan fervoroso, que muy poco tiempo despues fué preso por su celo por Jesucristo, con su hermano Tiburcio, y obtuvo la palma del martirio muy poco tiempo despues. Ved, amados míos en el Señor, lo que puede una mujer santa; ved lo que vale una doncella casta. No solo Cecilia logra conservarse pura é intacta, no solo su virginidad adquiere un nuevo, un immortal lustre, en una ocasión que la exponía, sino que logra hacer de su esposo pagano, un esposo cristiano, un mártir ilustre. Los desposorios la habian emparentado con Tiburcio, hermano de Valeriano: Cecilia hace de su hermano Tiburcio un compañero de martirio de Valeriano. ¡Celestial poderio de la virginidad sagrada, pues que no solo convierte á Cecilia en heroína de la castidad, sino que la prepara á ser además una heroína de la caridad, que es nuestra segunda reflexion!

Una virtud heroica en el cristianismo vá acompañada de todas las demás virtudes, sin exclusion de ninguna. Esta es la doctrina constante de la Iglesia, y nada lo prueba más evidentemente que sus procedimientos en la comunicacion de los santos. En nuestra Cecilia ha querido la divina misericordia presentarnos una prueba de lo que acabamos de decir. No se le presentaba otro medio más oportuno para conservar en sí misma intacto el depósito de la santa virginidad, que el de lograr de Dios la conversion al cristianismo del esposo que recibia contra su voluntad. Obrar esta conversion era una obra la más perfecta de la cristiana caridad. Cecilia la emprendió por los medios más conducentes á una tierna doncella virgen; ayunó, maceró su cuerpo, oró, se encomendó de todo corazón á Dios, y le encomendó tambien la conversion de Valeriano: Cecilia puso su cuerpo bajo la custodia de un ángel, y ya sabeis cuán bien le salió este plan, divinamente inspirado, y llevado á cabo por Dios mismo, aunque valiéndose de su sierva.

Pero la caridad es de la naturaleza del fuego; su tendencia es abrasarlo todo, y jamás dice: BASTA. Cecilia habia logrado la conversion de su esposo; pero su esposo tenia un hermano, Tiburcio, y la Santa logró tambien su conversion. Oid el sencillo y hermoso len-

guaje que la Iglesia pone en boca de Cecilia en el oficio de esta Santa. «Hoy te reconozco gustosa por mi pariente, porque el amor de Dios te ha hecho despreciar los ídolos.» Es como si dijera: Grande lustre ha recibido mi familia en emparentarse con la tuya. El mundo aplaude los nobles parentescos, y Roma entera se ha regocijado en ver enlazadas dos de sus principales familias. Todo eso es verdad; mas, por lo que á mí toca, Tiburcio, lo que me hace reconocerte como mi verdadero pariente es, el haber recibido el santo bautismo, y haberte sido inspirado de lo alto el despreciar á los ídolos y adorar á solo Dios. Al poco tiempo despues, y en ocasión en que Valeriano y su hermano Tiburcio estaban ya presos por órden del prefecto Almaquio, Cecilia, en union de su esposo y de su hermano, logra la conversion de Máximo y de su familia, y de muchos lictores, á quienes envia sacerdotes que los bautizan é instruyan. No tardó mucho en levantarse una terrible persecucion contra estos recién convertidos. Y Cecilia, llena de un ánimo varonil y esforzado, presentándose á ellos al amanecer de la aurora, les dice: Estad firmes y animosos, soldados de Dios; desnudaos del ropaje de las tinieblas, y revestidos de luz. Hermoso combate se os presenta; aceptadlo con valor, y conservad hasta el fin el depósito de la fé. Corred, pues, impávidos, á recibir las coronas que os tiene preparadas el justo Juez, Jesucristo nuestro Señor, por quien entregais vuestras vidas. Animados con este corto y expresivo discurso, Máximo, su familia y los lictores se presentaron gustosos á los tormentos, teniendo Cecilia la dichosa satisfaccion de ver coronados con la palma del martirio á todos ellos. ¡Grande conquista de la caridad obrada por medio de la santa virgen! Pero todavía le estaba reservada otra no ménos importante.

Así que Almaquio, prefecto de Roma, pudo darse cuenta de las muchas conversiones obradas por Cecilia, movió contra ella una persecucion á muerte. Intentó ántes enviarle personas instruidas que la disuadiesen de su empresa y profesion de cristianismo. Cecilia, en un discurso lleno de fuego y de sólida instruccion, les hizo ver cuán desencaminados andaban ellos en seguir errores tan groseros como los que se profesan en el paganismo. Y para hacerse entender mejor de todos, salió al campo, y subiéndose sobre una piedra, exhortó desde ella á los agentes del prefecto y á sus soldados á hacerse cristianos, con tanta felicidad, que todos á una se sintieron movidos interiormente á abjurar sus errores. La Santa, levantando su voz y esforzándose: ¡Ea, ciudadanos y hermanos míos! les dijo, ¿creéis todo cuanto os he dicho? Todos á una respondieron: Ciertamente, y con

toda verdad creemos en Jesucristo, hijo de Dios; creemos que es verdadero Dios ese soberano Señor que tiene tal sierva como tú. Envióla la Santa al papa S. Urbano, quien los bautizó: eran mas de cuatrocientos, entre ellos un ciudadano romano muy ilustre, llamado Gordiano. La Santa, desde la cárcel, los consolaba, instruía y preparaba al martirio, que era el fin ordinario de los celosos cristianos en aquellos tiempos. Poco tiempo despues, casi todos ellos fueron martirizados por la fé. Aunque podríamos citar varios hechos semejantes del celo y caridad de Cecilia, los omitimos en gracia á la brevedad. Miéntas tanto la persecucion contra la Santa se encendia más y más: hablemos brevemente de su fortaleza, que fué la que la sostuvo en los tormentos.

El nombre mismo de virtud encierra en sí mismo la idea de la fuerza, representa por sí mismo la resistencia al vicio opuesto; lleva, por consiguiente, la imágen viva y práctica de la fortaleza. De suerte, que la virtud es en un sentido general la fortaleza puesta en accion, la fortaleza que se constituye en estado, la fortaleza aplicada á tal ó tal objeto. Si, pues, nuestra ilustre Cecilia fué una heroína de la castidad, practicó la virtud de la fortaleza en grado heróico respecto de la castidad. Si nuestra Santa ha sido una heroína de la caridad, practicó tambien la virtud de la fortaleza en grado heróico respecto de la caridad. Y en efecto, ¡cuánta fortaleza no le fué necesaria á nuestra Santa para conservar pura é ilesa su virginidad en medio de circunstancias tan difíciles! Sabido es lo que cuesta de sacrificios y de esfuerzos continuos á nuestra corrompida naturaleza el contenerse en los límites del deber respecto á la castidad. ¿Cuánto y cuán divino esfuerzo no debió hacer la Santa para salir victoriosa en la primera entrevista con su esposo Valeriano en el día de sus bodas? Solo la gracia de Dios, y una gracia muy extraordinaria, pudo obrar aquel milagro de castidad. Dejo pasar en silencio otras muchas circunstancias de la vida de Cecilia, en que dió pruebas de una fortaleza superior respecto de la santa virtud de la virginidad. Por lo que hace á la caridad, ¿acaso no fué menester un ánimo más que varonil para procurar la conversion de su esposo Valeriano, precisamente en unas circunstancias que parecian, humanamente hablando, las ménos á propósito para su caritativo intento? Y ¿qué decir de la conversion de Tiburcio, de la de Máximo y su compañía, de las de los cuatrocientos que convirtió á la vispera de su martirio? ¡Con qué fuego, con qué alma, con cuánta vehemencia no debió hablar nuestra Cecilia, para hacer que una muchedumbre de gente, que solo habia corrido á aquel lugar, ó para ser instrumentos del martirio de la

Santa, ó para ser sus crueles espectadores; para hacer, digo, que esta muchedumbre se convirtiese tan de veras, de ídólatras supersticiosos, degradados y corrompidos, á cristianos valientes y generosos, hasta llegar á dar su vida, á verter la última gota de su sangre por defender la fé que acababan de recibir con el bautismo! Este hecho es una de las proezas más brillantes de la historia de Cecilia. Una Santa, pues, que dá pruebas de tanta fortaleza en la conservacion de su sagrada virginidad; una Santa, que tan superior se mostró en la conversion de sus encarnizados enemigos, no le quedaba, para coronar la santa virtud de la fortaleza, sino el sacrificio de su propia vida. Y esto es lo último que nos resta por decir.

Como he tenido que extenderme tanto en este discurso, solo quiero fijeis la atencion en una circunstancia del martirio de Santa Cecilia. Cuando Almaquio decretó martirizar á Cecilia, mandó, que encerrada en su propio baño fuese quemada viva. Pero cual otro de los niños de Babilonia, nuestra Santa no recibia la menor lesion del fuego, y dando gracias á Dios bendecia, diciendo: «Bendigote, oh Padre de mi Señor Jesucristo! pues que por vuestro Hijo el fuego se ha apagado á mis lábios.» Como las llamas, pues, la respetaban, y que durante una noche y un día ni un solo cabello de su cabeza fuese quemado, el empedernido Almaquio mandó que se la decapitase. El verdugo, disponiéndolo Dios así, no pudo acabar de cortarle la cabeza, y á pesar de tres furiosos golpes de hacha, la dejó medio muerta. Creyendo que esta horrible posicion era mil veces más cruel que la misma muerte, la dejó en tal estado; y la Santa vivió así medio descabezada durante tres días! Dejo á vuestra meditacion los acerbísimos dolores de esta sierva de Dios durante su prolongada agonía. Veamos lo que los anales eclesiásticos nos dejan consignados en los últimos momentos de Cecilia. Apenas Cecilia quedó sola por la huida de los líctores, los cristianos y muchos gentiles acudieron á ella. La heroica vírgen, como si muriese en un lecho de flores, y como si nada sufriera, exhortaba á los unos, consolaba á los otros, animaba á estos, instruía á aquellos; para todos tenia palabras celestiales que iban al corazon. Hizo su público testamento, mandando que todo cuanto tenia se distribuyese entre los pobres; y habiendo llamado al santo papa Urbano le dijo estas memorables palabras: «Pedi al Señor tres días de término, para poder disponer todas mis cosas, y ofrecerle mi agonía. Suplícote que le consagres mi casa en iglesia suya.» Al cabo de los tres días, nuestra heroica Cecilia, cantando de continuo sus alabanzas á Dios, en medio de sus dulces y sentimentales cánticos, entregó su alma al Señor con la

mayor fortaleza, sin que esta virtud se hubiese desmentido ni un solo instante durante toda la vida de esta heroica virgen.

Así acabó su preciosa vida la ilustre Cecilia, gloria de Roma, ornamento de la Iglesia, honra del nombre cristiano. Fué una heroína en la virtud de la castidad, pues que supo conservarla ilesa y santa en medio de las pruebas más difíciles. Fué una heroína en la caridad, pues que hallándose perseguida á muerte, movida de un celo ardentísimo del prójimo, ejerció con ánimo esforzado el santo apostolado cristiano, logrando la conversion de muchos paganos. Fué, en fin, una heroína en la fortaleza, porque toda su vida fué grande, despreciando su vida, sacrificándose continuamente por Dios y por el prójimo; dando el último sello á esta virtud, con sufrir las cruellísimas penas de su martirio con magnánima paciencia y con una paz divina. La sencilla narracion de los hechos debe haceros, amados míos en el Señor, mucha más impresion que todas las flores de una retórica humana.

Alegrémonos, pues, todos en el Señor que nos ha dado una tan grande Santa; y al mirarnos en tan claro, tan terso, y tan puro espejo, arreglemos nuestro corazon al suyo; compongamos nuestras acciones al modo é imitacion de la Santa: nutramos nuestro entendimiento con santos y sublimes pensamientos. Seamos, pues, á su imitacion, castos, caritativos, prudentes y fuertes.

Imitenla, principalmente, los que cultivan el arte musical. La Santa, cantaba las divinas alabanzas al son de algun músico instrumento, uniéndose con los espíritus celestiales en sus nunca interrumpidos cánticos de adoracion y de amor, por cuyo motivo se la venera como patrona de la música sagrada. Cuando el alma cristiana gime, ora, ama con entusiasmo, pide á la música sus melodias; y la música, accediendo á sus demandas, traduce sus alegrías, sus plegarias, sus gemidos, en motetes, himnos y letanias, que avivan la fé, despiertan la esperanza y nutren el amor. La música es un arte naturalmente cristiano y espiritual por excelencia, canta las grandezas divinas y sirve de lenguaje á la oracion; pero, si el hombre abusa de él, como abusa de todo; si va á pedir sus inspiraciones al vicio y al libertinaje, sirve este arte como de incentivo á las bajas pasiones. Vosotros, que tributais estos cultos á santa Cecilia, no lo olvideis nunca: sirviéndoos de la música para levantar la conciencia, sublimar los sentimientos y transfigurar las almas, obráis como apóstoles de la virtud y de la religion; pero los que cantan los placeres y miserias de la vida, los que hacen que la música sirva de lenguaje á las pasiones, son los apóstoles del ángel caído que arrastra sus alas por el lodo.

Pedid siempre vuestras inspiraciones á la fé, sed los intérpretes del alma que lleva á los piés del Criador los homenajes de la adoracion, de la gratitud y del amor, y no dudeis de la proteccion de vuestra Santa patrona.

Y vos, ilustre Cecilia, que desde ese luminoso sitio de gloria nos estais convidando á las bodas del Cordero y de la Esposa, alcanzados del trono de las misericordias la gracia de conservarnos puros y fuertes en medio de los combates y seducciones de este mundo, para que despues de haberos imitado en esta vida, logremos gozar en vuestra compania de la bienaventuranza eterna. *Amén.*